UN RELATO DE FRANCISCO AYALA: REALIDAD IMAGINADA O SOLEDAD INTRANSFERIBLE

En todo empeño por tratar de ahondar en un hecho literario, cualquiera que sea su naturaleza, se halla una actitud de invidente terquedad que nos hace palpar con dedos tizosos un recorrer reconociéndonos en las formas que en la oscuridad de la búsqueda se nos van tornando testimonios aparenciales donde la duda es el puente que de una manera sorpresiva nos va uniendo a la realidad. Me imagino que en esta actitud esclarecedora conviven el cinismo y la más comprometida religiosidad con la expresión creadora tanto propia como ajena.

Esta actitud, y a la vez convencimiento, es la que me ha movido, en esta ocasión, como en casi todos los actos que de una forma u otra me son vitales, ¿y qué no lo es a diario?, a intentar releerme, más que releer un cuento o relato de Francisco Ayala. Este acto de ceguera por imaginarme un todo ha ido palpando las pequeñas aristas, las sutiles rugosidades que otorgan vitalidad a ese relato, «El regreso» (*). ¿Por qué éste y no otro de los muchos que Francisco Ayala ha escrito a lo largo de su hacer literario? No lo sé, y tratar de dar una explicación sería un acto de falsedad que no me atrevo a asumir, no por pudor, sino más bien por cobardía, cobardía de saberme un animal intuitivo, y absoluta certeza de que solamente en los actos intuitivos puedo hallar, como una piedra candente, el chispazo de veracidad que puede redimirme frente a los ojos avizores y las mentes científicamente lúcidas.

Para muchos redimir involucra perdón, pero en este caso solamente conlleva uno de sus sentidos más inmediatos: *rescatar de la esclavitud mediante un precio,* precio que en este caso no es otro sino la duda en la búsqueda y la incertidumbre del hallazgo, es decir, la lealtad con la expresión. Las coordenadas que me han llevado a seguir los pasos de un personaje imaginario no son sino sus propias vivencias y no por imaginadas menos vividas. El personaje de «El regreso» es

(*) Francisco Ayala: *La cabeza del cordero,* Relatos Seix Barral, 1972, Barcelona. El relato *El regreso* es el tercero de los cuatro que componen este volumen.

innominado. Solamente poseen sustantivación los seres que le rodean, el mundo circundante, las cosas y los rostros. Todo eso que construye y destruye la realidad y puede sobrevivir en la memoria, en la memoria que no es otra cosa que el crisol de una realidad más inmediata y tal vez más implacablemente torturadora. Realidad y mito son el regreso de «El regreso». Un nudo que se aprieta, el transcurso, que ahoga hasta la liberación.

Retrotraer un tiempo en relación a un ámbito determinado y memoriosamente determinante es, en la mayoría de los casos del ser trasterrado, el deseo —en la mayoría de las ocasiones arriesgado—, por procurarnos la invertebrada realidad que se nos aparece como una veracidad truncada en una aparente o imaginada continuidad, esa que le hemos otorgado en los delirios y la distancia. Regresar no es únicamente la búsqueda matriz de un proceso vital, también involucra el riesgo fabulador de una conciencia que se reconstruye con unos materiales que se saben o presienten alterados por un transcurrir temporal.

La persistente permanencia de la idea de regreso se sustenta en el siempre movedizo andamiaje del sueño; la vigilia es su contrapartida; el azogue del espejo que no nos refleja el rostro sino que nos hace palparnos. Antes de todo regreso siempre está el sueño; se regresa soñando, amansando imágenes que fueron, abriendo y cerrando puertas cuyas bisagras no rechinan. Nada altera su naturaleza de hecho consumado o consumándose en repetidos encuentros hacia el centro más real de lo irreal, el silencio.

Cualquiera que sea la motivación del desarraigo, siempre en su sentido más inmediato, será el sentido de la pérdida pendulando sobre la tragedia, oscilando sobre ese círculo de tiza que, como el personaje de «El regreso», todo individuo traza emocionalmente su rededor para convocar invocando sus propios fantasmas, subterfugio —una veces lúcido otras inconsciente—, de transgredir la soledad. Desde el centro de ese círculo, que se desearía iluminando la oscuridad, el personaje de «El regreso» (desgajado de su realidad pretérita) pretende conocerse en lo que se irá tornando irreconocible, aprehendiendo una realidad otra.

Cuando Francisco Ayala inicia su relato, el personaje, narrado y narrador, comienza con una frase rotunda: *Me decidí a regresar.* Esta actitud puede ser interpretada en dos vertientes, que en este caso concreto convergen en una, el miedo. La primera es la de su naturaleza adquirida por un hecho concreto: él es un ser desgajado de su realidad pretérita por la violencia (la Guerra Civil). En él existe, amén de una separación alteradora de su entorno, el condicionante de la

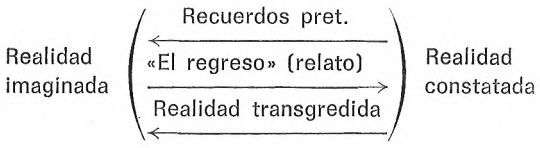
huida, o mejor dicho, la obligación vital de la huida que conforma una realidad especial. El regreso es un regreso condicionado por el miedo, miedo a ser reconocido. Pero en ese «me decidí a regresar» ¿no está también la otra vertiente del miedo, el miedo a no ser el que cree ser en el entramado de sus sueños generados en la distancia? En su deseo de retorno no busca, se busca. De aquí es que no busque la generalidad de un sitio geográfico, sino el de sus raíces más próximas, de las cuales se siente separado por el exilio. Busca regresar a su pueblo, donde el rostro de su temor es su propio rostro, auténtico, el que puede ser reconocido por amigos y enemigos. El se decide a regresar al sitio donde el peligro vuelve a ser real, trata de que el miedo pierda su naturaleza de temor imaginado para convertirse en auténtico riesgo vital. El regresa al entorno de su pueblo, regresa a los seres conocidos que han estado viviendo en su recuerdo real e imaginario.

Hasta el momento de la decisión, el acto de regresar, la realidad distanciada ha sido un hecho recurrente, un hacerse autónomo: *Cierto es que seguían ocurriendo cosas, y cada uno que venía de por allá se traía en el morral una buena provisión de historias espantosas.* En lo imaginado la realidad del mundo distante no pierde, a pesar del esfuerzo por reconstruirla, su naturaleza de hecho autónomo adquirido en la no proximidad de lo acontecido, en la distancia. Es en la distancia donde la realidad juega sus mirages y nos atrae y con la imaginación nos movilizamos, sino a la locura a su rostro más parecido, la desesperanza de lo alcanzable.

En el personaje de «El regreso» existe una constante activa: una actitud vigilante, que bien podría ser interpretada como un sentido de autodefensa frente a estos dos extremos a los que nos puede llevar la distancia entre lo imaginado y lo real, la locura y la desesperanza. Dos raíles cuyos extremos llevan a la desintegración del individuo. La lucidez del personaje-narrador busca siempre un nexo entre su fantasía y el desarrollo temporal. Trata de abrirse paso entre lo imaginado en procura de esa realidad, sustrato del pasado vital, que presiente se le escapa: *el montón de horrores, verdaderos como eran, con sus fechas, nombres y lugares, afectaba a mi ánimo a la manera de relatos cuyo valor, más que en la exactitud misma del hecho estuviese en, ¡cómo decirlo!, en su efecto literario, en alguna especie de endiablada virtud que los ponía a vibrar* (los que escuchaban, entre ellos al personaje) *y los separaba de la realidad de cada día para situarlos en un plano de lo imaginario.*

En una lectura atenta constatamos que el regreso, su dinámica de transposición, se nos presenta más que como un reencuentro con el

pasado conocido, como una constatación de una realidad imaginada que puede ser otra, intransferible a través de la interpretación ajena. Esta actitud hará, como se ve al final del relato, que se produzca la duplicidad del regreso en una sola proyección que, pasando por la realidad ajenizada en la distancia y en la no comparecencia, se curva duplicándose en el retorno. Lo que impele al doble regreso es la realidad constatada en su autonomía. El personaje siente que lo imaginado en la distancia ha sido trascendido.



La forma en que Ayala nos va dejando sentir el tiempo en «El regreso», a través de su personaje-ficción-autobiografía (esto último puede ser un condicionante relativo, pero no descartable), es un entretejido de sutiles referencias que nos irán, poco a poco, llevando a las fronteras de unos hechos de dimensión imprevistas. La cotidianeidad del personaje se irá enriqueciendo y, a la vez, empobreciendo con su propio asombro. Esto se pone de manifiesto en esa especie de autonomía unamuniana existente en el transcurso ficción-vital de los personajes, y que Ayala usa con frecuencia en sus relatos y novelas, y que en el caso específico de «El regreso» adquiere una constante que arranca desde las primeras líneas.

El doble juego: lo real y lo imaginario es el elemento aglutinador de este relato, relato que, en orden a su temporalidad, podría más bien ser definido como una novela breve. Es como si realidad y sueño se fueran yuxtaponiendo para darnos la dimensión de un paisaje interior por el cual transita el personaje autoconfigurándose, midiéndose en el asombro. Un círculo de acontecimientos van cercándole, y en medio de ellos, él, personaje, procura traducir hechos que se le escapan, o mejor dicho, sobre los cuales no tiene una hegemonía de acción directa, que se han generado comprometiéndole, pero sin que él haya podido sentirse integrado.

Ya en el segundo capítulo de «El regreso» nos vamos concienciando de la forma como el tiempo en el relato es una especie de realidad expectante, en la que lo concreto pierde densidad, se torna huidizo: *Una mañana, a comienzos de octubre, desembarqué, pues, en el puerto de Vigo. Nunca había estado yo en Vigo; no me gustó la ciudad; la hallé sucia y desoladora, y me sentí en ella desamparado, tanto si no más, como en Buenos Aires, cuando, acabada nuestra guerra civil,*

arribé a su puerto. Sobre este condicionante real, el retorno, que es a la vez juego de la memoria, vaga la imaginación como una presencia de la duda. En este relato de transcurrir envolvente —jamás de tipo lineal— la duda es como el espejo donde se junta realidad y duda: *Y ¿pertenecía al sueño o a la realidad aquella mujer que arrastraba a un niño de la mano, aquel perro que miraba y desaparecía...?* Debido a la atmósfera que envuelve este relato, no nos parece extraño que nos despierte una relación mental con algunas páginas de Rilke.

Decíamos que los sucesos van surgiendo como encadenación de hechos aparenciales, autónomos, pero provistos de una costra de realidad tangible que envuelve el carozo vivencial de lo poético. En esta atmósfera de realidad imprecisa, pero no por eso menos realidad, los sucesos van cerrando o cerrándose en un entorno donde el hombre refracta su propia integridad emocional. Contra esa realidad imprecisa y a la vez cargada de tensiones los seres de su imaginación y realidad van surgiendo como de una especie de trama en su revés: *¿Era soñada esa figura que de repente veo venir calle arriba, por la misma acera que yo, cada vez más cerca, y en la que pronto reconozco a Benito Castro, el barbero?* Este primer encuentro es el pilar donde el tiempo se fija, donde el transcurso de lo vivido busca su confirmación y se hace antropomórfico; tiene una presencia humana y un rostro; desde aquí los seres van a ser entes nominados, menos el personaje, que seguirá siendo un ser sin nombre. Un ser que puede llamarse Francisco Ayala o contener el de todos los seres que salieron impelidos por la guerra. Este Benito Castro, el barbero, es el símbolo de la llegada al centro de su existencia pasada y al mismo tiempo el lugar desde donde ha salido, lo más real que la memoria le brinda, el lugar al que regresa en procura de una realidad cercenada por la distancia, por la distancia y el miedo.

Es importante comprobar que después de este encuentro irá reconstruyendo nombres propios, hechos acaecidos durante su ausencia. Este primer encuentro es, como hemos dicho, el pilar donde se fija el tiempo, donde lo vivido busca su confirmación real, pero en este encuentro comienza a su vez la frustración de la realidad. El espera dimensiones como ente individual, surgiendo de sus propias fantasías, tejidas en su exilio: *En toda mi ausencia, para nada me había acordado del santo de su nombre; y ahora ¡ahí estaba y se veía sobre mí! Aún (...) mirábame como a un viajero que llegara de la estación con su equipaje a rastras (...). ¡Qué cosa rara! Después de no habernos visto durante tantísimos años (...), al cabo del tiempo llego, me doy con él de mano a boca, y..., ni vacilar siquiera, adiós, como si ayer mismo hubiera estado afeitándome en su barbería; y*

él también, sencillamente, me dice adiós y sigue su camino como si tal cosa, como si no hubieran pasado doce años, y una guerra, y... Desde luego, lo que aquí se halla en juego es una realidad temporal —la auténtica y la forjada en lo imaginario de la ausencia— en la que aún vive un hecho motriz que ha creado la distancia, la guerra.

Lo que es producto de la duda en el personaje es observar que tiempo y distancia no muestran su realidad; parecieran no haber existido; no existe el hueso, sino su pulpa. La realidad pierde su naturaleza de hecho generador de distancia. Esta aparente carencia hace que el hombre se sienta más desposeído. Si observamos detenidamente el transcurrir del relato, nos daremos cuenta de que en el personaje hay una actitud intuitiva: lo creado o recreado por la imaginación cuando no se cimenta en la realidad —en esa realidad tangible que puede ser comprobada apriorísticamente— puede significar la locura.

La conciencia de que la realidad no puede ser solamente aparencial, en la misma medida que los sueños necesitan proteger su aparente vaciedad, dejando una brecha por donde la realidad es presencia. La realidad y su sentido puede ser, y en realidad lo es, multifacética; de aquí se desprende que realidad y sueño puedan llegar a ser en un momento dos unidades convergentes en una realidad otra, indiferenciable. Es por esto que el personaje de «El regreso» a partir de un encuentro, un encuentro que oscila entre la realidad y el sueño, en que uno y otro elemento no se definen, comienza a sentirse envuelto en la trampa de su propia imaginación, es decir, a tomar conciencia de esta situación. Desde este instante comienza a buscar la lucidez como una salvación, sabiendo que debe abrirse paso en la espesura de su vigilia para llegar a la propia confirmación vivencial.

La llegada a su hogar pretérito, el cúmulo de hechos raíces de su infancia y adolescencia, es de alguna manera para él una realidad trocada en su esencia, tal y como lo es el encuentro con el primer ser conocido. Las dos situaciones le deparan el hecho sorpresivo que en cierta forma le niegan o relegan a un papel de secundaria presencia. Los dos hechos le indican que a sus espaldas existió una temporalidad y un divorcio y que lo existente con anterioridad a su regreso, que tenía relación con el pasado, no era sino una realidad vivida de retazos, de trozos de un tiempo gastado en su propia dinámica. Pero tal vez lo más tremendo es la comprobación de que esa misma realidad que vivió antes de su partida, antes de su desgajamiento, tampoco era tan real como para ser generadora de sus sueños. El personaje parece darse cuenta que es a la vez un paria de los sueños y de la realidad. La solución podría ser

el suicidio, la entrega a ese mundo de fantasmas o el nuevo regreso. Pero ¿un regreso a dónde? La llegada a su hogar es lo único tangible o posiblemente tangible que halla, pero a la vez esto le da también la medida más inequívoca de la irrealidad de lo vivido; es aquí donde surge el hecho de una persecución ignorada que le convertirá en perseguidor: *¿En mi busca? ¿Cómo en mi busca? A buscarme, ¿para qué? ¿Quiénes vinieron a buscarme?* La indagación no es sino el armazón con el cual quiere reconstruir parte de una realidad personal y ajena que se le escapa. Esa parte de su vida que la distancia y la imaginación ha trocado, haciendo que sea ignorada y que, no obstante, le implique de una manera directa e intransferible.

En este instante surge el nombre del perseguidor: *Y* (le responde su tía) *¿sabes quién los traía? Pues los traía, ¿quién dirás? Era el único conocido: aquel amigote tuyo al que yo, la verdad, nunca pude tragar. ¡Qué razón tenía, hijo mío...!* Es desde este momento cuando la obsesión por reconstruir la realidad, que son los aconteceres sucedidos sin su participación, se hace más perentoria. Es como si ya no solamente quisiera conocerla, sino trascenderla. Ahora tiene un nombre, el de su amigo que ha venido a buscarle, Abeledo, el compañero inseparable que durante su ausencia ha venido en su busca para matarle. Debemos ponernos en el personaje, o, mejor, en el asombro de él, ya que nunca su imaginación, la reconstructora distante de la realidad perdida, ha contado con este nombre como su posible ejecutor en la delación.

En Abeledo se afirmarán y hundirán las raíces del recuerdo. Abeledo se tornará símbolo integrador, personificación de lo vivido en lo no vivido, en ese ámbito, a la vez que real, imaginario. La indagación del pasado, por fin, encuentra un centro nominado desde el cual se irán proyectando otros nombres, tejiendo el cerco de la realidad no iluminada por su presencia: *Dígame, tía; una cosa quisiera preguntarle: ¿qué ha sido de Rosalía en todo este tiempo? A lo mejor se ha casado.*

* * *

Las reminiscencias desde ahora serán vínculo a lo real, pero a lo real-aparencial, hechas de una serie de eslabones sorpresivos motivadores de sucesivas perplejidades, generados en ese lado oculto por la distancia en que los aconteceres tuvieron su propia dinámica. La perplejidad del personaje de Ayala se irá nutriendo de los detalles de un mundo existido, pero no vivido, que necesariamente debe ir

siendo reconstruido con vivencias personales y comprometidas, aunque este acto conlleve una carga de circunstancias ajenas.

La personificación se realiza en la transferencia que le transforma de perseguido en perseguidor (es extraño cómo en esta dualidad de búsqueda tanto Abeledo como él buscan algo que de alguna forma no llega a concretarse en un hecho físico, en el encuentro que libere). El personaje ayaliano en «El regreso» vive una disyuntiva soterrada que en el fondo es la realidad buscada en la personalidad de Manuel Abeledo González: íntimamente ligado al «porqué», se halla la muerte. De no haber existido la distancia y la huida, creadora del mundo fantasmal y continuamente rememorado, ¿la realidad habría sido no el estupor ante el rostro que le venía a buscar, sino la muerte?

Durante los ocho capítulos restantes (el relato consta de diez) todo se transformará en una búsqueda. El personaje recapitulará todo lo que puede de su existencia pasada; buscará los sitios en que pueda hallar a Abeledo, irá a su antigua casa, repasará los años de la niñez y adolescencia, compartida estrechamente con ese ser que termina por parecerle cada vez menos alcanzable. El personaje de «El regreso» vive obsesionado con la presencia de su antiguo condiscípulo y que de pronto le lleva al convencimiento de que ha sido también su posible verdugo: *La idea de que en cualquier momento, apenas pusiera el pie en la calle, podía tropezar con Abeledo, me paralizaba, me aterraba.* A pesar de ello, lo busca. El encuentro, de alguna forma, es aterrador, no por el peligro que encerraba, sino porque vendría a cerrar el círculo conjetural en el cual el personaje se halla inmerso y sin asidero.

En este acto conjetural es donde cree encontrarse con la realidad, esa realidad intuida que puede haber generado el hecho de que su amigo le haya buscado para delatarle o para matarle: *Rememoraba yo ahora todo esto rumbo al café Cosmopolita.* Este acto es el tratar de reorganizar su propia realidad y a la vez la ajena: la aprehensible y la inaccesible, dos polarizaciones que en ese momento se repelen por su propia imantación. Sería una actitud inútil reproducir en su totalidad el repaso mental del personaje en su búsqueda por articular de una forma comprensible las motivaciones que Abeledo ha tenido para desear su entrega. A pesar del hecho conocido que implicaba un peligro vital en el personaje ayaliano, existe una dinámica de ternura hacia el pasado. Rememora sin odio, sino apenas con una especie de extrañeza. En el recuerdo de la hermana de Abeledo González se percibe la ternura, la misma que siente hacia Rosalía, su novia abandonada, y a Mariana, la compañera que también ha abandonado en la Argentina para iniciar este regreso a su pueblo, este

regreso que se tornaría en una búsqueda de Abeledo, como si en este personaje se resumiera toda la capacidad de un hecho existencial, como tal vez lo es en toda su fuerza de realidad alterada y alteradora de un mundo que para el personaje central parecía inalterable.

Mientras rememora, mientras busca a Manuel Abeledo González, el narrador recuerda a la hermana de éste, su relación intrascendente, su noviazgo con Rosalía: *no se hacía arreglo alguno, no se pintaba; nada «me lavo con agua clara»... Y lo demás que ponía Dios, la hacía demasiado semejante a su hermano Manuel* (Manuel Abeledo González): *tenía la misma mirada entre huidiza y melancólica, la misma nariz corta y fina (...). Así pues nunca le hice el menor caso; la traté siempre con todo respeto. ¿Podía yo imaginarme? Sólo más tarde, cuando se concertó mi noviazgo con Rosalía, y él lo supo y se convenció de que la cosa iba en serio, caí en la cuenta por su actitud de cuáles eran las que él venía echándose a propósito de su hermanita.* Hasta aquí vemos cómo el esfuerzo por atrapar la realidad sigue siendo un hecho conjetural, abierto. Todo es solamente el acopio de unos hechos en búsqueda de la realidad, cuya confirmación no llega o se dilata en la persecución de Abeledo, que se ha transformado en la única explicación posible, en la clave que despejará toda duda, que hará accesible la realidad no soñada, sino esa en que la vida retomará a un curso de acontecimientos desentrañados. De pronto, los hechos se conforman en una aparente e insoslayable realidad abismante: *... Cuando de pronto, me quedé parado en mitad de la calle, entontecido por una ocurrencia que, cual pedrada o mazazo, acababa de golpearme la cabeza: ¡Conque —se me había venido al magín—, conque por eso era por lo que había querido liquidarme! ¡Canalla! (...). La infamia de tantos y tantos como aprovecharon la guerra civil para satisfacer sus pequeños rencores, sus miserias inconfesables, tenía ahora un rostro: el de mi amigo Abeledo.*

Los niveles recorridos por la relación en «El regreso» contiene una triple conformación de la realidad que se amalgaman. Una es la vivida por el protagonista; la otra, la de sus reconstrucciones apoyadas en el pasado, lo que continúa *viviendo* en él como fruto de la experiencia directa de unos hechos que le comprometen, personalizándole, convirtiéndole en un ser recurrente al pasado. Sin esta recurrencia el regreso no se genera como necesidad. Para regresar es preciso conformar una realidad que se proyecte hacia una zona temporal que se desconoce en su transcurrir, pero de la cual creemos tener su punto de partida. Por último, tenemos esa realidad buscada, esa realidad transferida con el regreso, en el caso específico que el regreso se verifique como realidad constatable. Es en este acto cuan-

do logramos la *realidad desconocida,* que por ser desconocida no es menos real en lo esencial de todo acontecer-transcurso. Esta última es la que para el personaje de «El regreso» se le hace imprescindiblemente recobrada; sin ella, todas las anteriores referencias, reales e imaginadas, se tornan realidad inaprehensible.

Hallar la atadura que haga posible la integración de los hechos, o a los hechos, es lo que mueve la búsqueda, la constatación física de Abeledo en el personaje de «El regreso». Es como si para el personaje el no hallazgo significara el no regreso, el quedarse vagando en un trozo de realidad sin confirmación. No verificar su existencia es quedar a merced de lo irreal, y esto conlleva el peligro del caos; una realidad sin contornos precisos que la desmitifiquen de lo puramente lucubrado en la distancia. Al permanecer la distancia como permanencia de lo imaginado, el regreso no se produce. Lo que mueve la persistencia de la búsqueda de Abeledo no es sino la búsqueda integradora.

* * *

Pero el deseado hallazgo no se produce; se alarga en el tiempo. Lo que se produce es un recorrido en sentido inverso al encuentro, fruto de la búsqueda premeditada. Lo que se inicia como búsqueda confirmadora se va transformando en búsqueda lúdica. El protagonista se sabe envuelto en unos hechos que se van tornando imprevisibles. La búsqueda de Abeledo se va tornando una búsqueda fantasmal; gira en una realidad autónoma que priva la incorporación a los hechos acaecidos en la distancia: *El encuentro no se producía. Aquel día pasó, y el siguiente, y otro, y otro; pasó una semana, dos semanas pasaron entre tanto, y ni yo había tropezado con él ni hubo siquiera quien me diese noticias suyas: ¡como si se lo hubiera tragado la tierra!*

Toda búsqueda en procura de la ausencia va hacia la nada. Y, sin embargo, la ausencia gravita, como un peso de situación sin límite, en la búsqueda de Abeledo. Lo que en el personaje se inicia como una búsqueda dilucidadora de su propia integridad física, consistente en su temor primario al encuentro, se va tornando en pérdida de la agresividad autodefensiva: *Acodado en la mesita del bar, repasaba yo mentalmente la cuenta de mis dineros sobrantes, y también la de mis días disipados en la estúpida obsesión de encontrar a Abeledo.* Ahora bien, no dejemos de pensar que en muchas ocasiones el truco de la resignación, en su forma más encubierta, puede no ser otra cosa que el cebo en que muerda la angustia.

Hay en el relato un detalle que, si bien es importante, las circunstancias en que se produce pudieron haber sido otras. En el aburrimiento de su búsqueda inútil, el personaje cae en un prostíbulo, donde entre las asiladas se halla con la hermana de Abeledo (María Jesús). Es ella el encuentro, es ella la que le devuelve la presencia de Abeledo.

—*Pero cuéntame. ¿Cómo fue ello? No sé nada.*

Se extrañó de mi ignorancia, se me quedó mirando fija como si no lo creyera, y luego me notificó lo asombroso, lo que yo escuché atónito, y lo que al oírlo me dejó helado y, durante un buen rato, mudo: Abeledo había muerto; sí, había caído asesinado, sin que nunca se averiguara por mano de quién, durante el barullo de la guerra.

María Jesús le da al personaje las claves de la realidad buscada. Le indica la actividad desempeñada por su hermano durante la guerra, lo que de alguna forma vendría a cerrar el círculo conjetural en que el personaje había caído. Pero el círculo se cierra aparentemente; la realidad del regreso no se consuma con la muerte de Abeledo. Se consuma en una realidad rescatada en la cual el personaje se ha encontrado inmerso, no desde su llegada al pueblo, a sus raíces, sino desde el fondo de su realidad imaginada, trocada por la realidad vivida: *Ahora ya sólo me resta el epílogo; me resta decir que a la mañana siguiente (...) abrí los ojos y tuve la sensación misma de quien sale de una pesadilla, y, con ella, todo lo ocurrido desde mi regreso a España compareció de golpe ante mi conciencia, formando un bloque aislado, muy preciso de contornos, pero irreal, como esos sueños nítidos que tienen la calidad intensa de lo vivido y, sin embargo, carecen (esto sólo nos asegura que son sueños); carecen, sin embargo, de toda comunicación con el mundo cotidiano (...) (¡un mes casi había vagado en persecución y fuga del «fantasma vano»!).*

Francisco Ayala, con estas frases del personaje de su relato, nos devuelve a una conciencia quebrada en el transcurso de los hechos narrados. La realidad buscada por el personaje pierde densidad con los hechos mismos que mueven o motivaron el regreso. La personalidad de Abeledo y su búsqueda, como su muerte, es algo más que un buscar; es un reconstruirse que ha sido, por obra del tiempo, transformado en pérdida irremediable, en realidad trocada, a pesar de poder ser comprobable como temporalidad.

El sentido de la pérdida se transforma en encuentro, pero en un encuentro irrecuperable, como cerco vital del personaje de «El regreso»: *Dar con Abeledo (no con la tumba de Abeledo) me costó más trabajo, pero, al cabo de tantas vueltas, leí por fin su nombre sobre un*

nicho: Manuel Abeledo González. La pequeña lápida rezaba: Aquí yace el camarada Manuel Abeledo González, caído al servicio de la patria. Mano alevosa lo abatió el 15 de julio de 1937.

Cuando decíamos que en «El regreso» se producía un re-regreso nos estábamos refiriendo a esa apertura *unamuniana* con que Ayala maneja a sus personajes dentro de las situaciones creadas que los envuelven. El relato, en otro escritor, habríase cerrado con esta especie de hallazgo, de esa realidad perdida, que aparece como una distorsión del orden temporal que debe ser confirmada. En Ayala, por el contrario, el mundo conjetural no se cierra; la realidad imaginada queda como realidad autónoma. El regreso no es un regreso que se cierra, sino un abrirse con otro regreso: *Volví la espalda, y me salí del cementerio, y bajé sin prisa para la ciudad. Por el camino adopté la resolución —que no tardaría en cumplir sino lo indispensable— de volverme a Buenos Aires.*

La significación de este regreso, del regreso que se produce en el personaje ayaliano, es el recorrido desde la arquitectura de la realidad hecha en la distancia con los despojos que nutren la memoria. Pero —existe algo más— la resultante de una actitud emanada de un hecho más en profundidad en la conciencia del individuo es el término del acoso a que todos estamos sujetos por los fantasmas de nuestro rehacer nuestra propia realidad intransferible. El personaje de «El regreso», a través del relato, realiza un camino que va desde su mundo imaginado, desde su realidad creada, hacia lo que en la distancia cree es la auténtica realidad que desbaratará a la primera, devolviéndole a un papel más humanamente justificado dentro de un hecho colectivo: su sitio geográfico, los seres conocidos; pero tal vez el acto de mayor lucidez es su doble regreso. En este acto está la conciencia clara y dolorosamente real, la de saber que existe una realidad fuera de nuestros sueños que involucra un rechazo de nuestra integración. El opta por la verdadera libertad, el retorno a la realidad como acto consciente de arquitectura de nuestro mundo, la sostenida en los sueños, la gredosa y maleable realidad imaginada, donde el hombre se construye y destruye rodeado de una fantasmal agonía vital, abierta y sin fronteras: la soledad intransferible.

GALVARINO PLAZA

Fuente del Saz, 8
MADRID